VIDA MONTEVIDEANA

REVISTA SOCIAL ILUSTRADA
DE
LITERATURA Y BELLAS ARTES
APARECE LOS DOMINGOS

Año I | Montevideo, Septiembre 26 de 1897 | Núm. 13

Director:
Rafael J. Fosalba

Redactores:
Juan M. Vallejo Badaró
Juan Armellino

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Capital un mes	$ 0.50
Un semestre	» 2.50
Campaña y Exterior un mes . .	» 0.60
Un semestre	» 3.00
Número corriente	» 0.20

Administrador:
J. A. Vernengo

Secretario de Redacción:
Fermin Héctor Casas

Dirección y Administración: Convención 82

GALERÍA DE BELLEZAS MONTEVIDEANAS

Sofía de Navia

(Fotografía de Fitz-Patrick)

SUMARIO

TEXTO: EN LA LEGACIÓN DE CHILE—UNA FIESTA DIPLOMÁTICA, por *Pedro José Saralegui*—***—¡ADIÓS! ¡ADIÓS! poesias por *Rubén Darío*—LA LIBÉLULA Y EL LOTO—CUENTO CHINO, por *Mikado*—CONFESIÓN, por la señorita *Maria H. Sabbia y Oribe*—TÊTE À TÊTE, por *Francisco García*—MEDITACIÓN, poesia por *Nicolás Granada*—EL IDEAL POR BANDERA, por *Francisco C Aratta*—REGIONAL, poesia por *Enrique Machado y Montero*—ODIO, por *Manuel M. Oliver*—RETOÑOS, poesia por *Julio Flores*—INSTANTÁNEA, por *Edo Bacia*—NOVELITAS DE LA VIDA REAL: ¡COLEGIALES! por *Pedro C. Miranda*—POSTRER CONSEJO MATERNAL, poesia por *Francisco de Asis Condomnies*—A UNA NIÑA MUY JÓVEN, poesia por *Vicente Magallanes*—RECUERDOS TRISTES, prosa poética por *S. A. González*—RÁFAGAS, poesia por *Cayetano R. Mendoza*—CHEZ MARTINEZ, por *Un concurrente*.

GRABADOS: GALERÍA DE BELLEZAS MONTEVIDEANAS: señorita *Sofia de Navia*, fotografia de *Fitz Patrick*—*Nuestros colaboradores:—Francisco C. Aratta—Teatro Larrañaga de la ciudad del Salto—Puerto de la ciudad de Paysandú—Iglesia Parroquial de la ciudad de San José de Mayo*—Todos de fotografia y Grabados por *Emilio A. Coll y Cia.*

En la legación de Chile

UNA FIESTA DIPLOMÁTICA

Espléndida, bajo todo punto de vista, resultó la inolvidable fiesta celebrada el 18 del corriente, en la régia morada del señor Ministro Chileno, conmemorando el grito de Independencia lanzado en 1818, en aquella faja de tierra, que se extiende detrás de los gigantescos Andes.

Quisiera poseer por un momento la pluma de Milton ó la imaginación de Edmundo de Amicis para describir aquella atmósfera formada de jazmines, rosas y alientos perfumados, aquella algarabia de acordes melodiosos y risas juveniles, en fin, aquella magnificencia que se ostentaba, digno *bouquet* de contener las más hermosas flores del vergel montevideano.

Aquello parecia un sueño, pero un sueño de color rosa, parecido á esos que tiene aquel sér que ama, que vé con los ojos de la fantasía un risueño porvenir, un cielo puro, limpio, radiante, digno de poseer á tantas estrellas hermosas que eclipsaban con su refulgente brillo á las infinitas riquezas que a su alrededor estaban.

Grandes macetas con plantas exóticas surgian en los ángulos de la expléndida escalmata y del suntuoso *hall*, imitando un boscaje fantástico, de entre cuyo fondo salian torrentes de luz que iluminaban á nuestras bellezas.

El decorado de los salones era sencillo pero muy elegante; era de tonos rojos en que los valiosos mantones de Manila daban su nota multicolor, de una manera caprichosa, como brillante.

A Formentini se le veia en un gran estrado, frente al vestibulo, acompañado de su infatigable orquesta, merecedora de un aplauso tan caluroso como unánime, mientras que Rovera con su disciplinado ejército disponia con diligencia el espléndido *buffet*, digno rival del renombrado festin del Rey Baltasar. En una palabra, de todas partes brotaba belleza, envuelta en nubes de armonia y embriagada por aquella riqueza tan peculiar que se ostentaba en los tiempos de las divinidades orientales.

Ante mi vista, desfilaba paulatinamente todo aquel conjunto de hermosura, pudiendo anotar en mi cartera, entre tantas, á la señora Maria Teresa C. de Gondra, de verde con brillantes; á la distinguida señora Adolfina M. de Alonso Criado, que lucia un espléndido vestido de azul turquesa, rodeado de valiosos encajes de Inglaterra, salpicado de brillantes; á Manuela Diaz de Pena, de raso orange, bata con incrustaciones de tul de perlas; á Isabel Carávia de Castro, de raso *brochée antiquèe* color fresa, con tul negro y dorado; á Bernarda Arrien de Howard de color crema con profusión de brillantes, á Maria Legrand de Beherens de *moaré fenille de rose antique* bordado de coral, falda abierta al costado con tul y unos hermosos pendientes de corales y brillantes; á Pilar de Herrera de Arteaga, traje de brocato color rosa, encajes y violetas; á la señora Sanchez de Saez, de *brochée* heliotropo bordado de piedras; á Laura Hamilton de Hill, de raso blanco y terciopelo verde esmeralda, con flores de brillantes en la cabeza; á Bernardina Muñoz de De Maria, de gris perla y rosa; á Isolina Illa de Eastman, de raso rubí, bordado de azabaches; á la señora de Broon, de terciopelo negro con ricos encajes de Inglaterra; á Sofia C. de Rodriguez, de *brochée* blanco y plata con guias de hojas secas en la bata y la falda; á Luisa M. de Gurmendez, con una rica delantera de tul bordado de oro y perlas, grupos de plumas blancas y alhajas en la cabeza; á Carolina M. de Ferreyra, fondo verde obscuro, con un tul negro bordado en oro, guias de brillantes en la bata y una hermosa diadema en la cabeza; á Josefina Alvarez de Perey, de negro con una magnifica diadema en la cabeza; á Adriana B. de Montero, de terciopelo negro con brillantes en la bata; Del Campo de Gondra, de negro con rayas blancas y una espléndida diadema en la *coiffure;* á Sara Wilson de Wilson de terciopelo negro con encajes color crema; á Matilde Regalia de Roosen, de raso celeste con encajes y un gran laso celeste en la cabeza; á Fanny J. de Castro, falda de raso obscuro con profusión de rosas pintadas á mano; á Maria L. Ramirez de Rucker, de blanco y encajes de Inglaterra; á Maria C. Ramirez de Blixen, fondo negro con ramos de flores blancas y profusión de brillantes en la cabeza; á Elvira C. de Iglesias, de blanco y fresa; Grandville de Stuart, de tul blanco con plumas blancas y brillantes, y muchisimas otras cuyos nombres no pude retener. Entre las tantisimas niñas, verdadero brillo de esta simpática fiesta, recuerdo á Sofia Platero, que estaba encantadora luciendo un hermoso traje color verde luz salpicado de mariposas; á las simpáticas señoritas de Garcia Morales, que vestian de blanco con cintas punsoes en el cuello y en la cabeza; á Cármen Seré, de tul blanco, cintas de raso y bolas de nieve; Ilia Arraga, que lucia con mucha magestusidad un hermoso vestido blanco y amarillo con guias de rosas punsóes en la cabeza y en el pecho; á su interesante hermana Margarita, que iba de blanco con adornos de turquesa; Adelina Testaseca, de muselina de seda rosa con lentejuelas de plata, bata de jacintos y cristal; Dionisia Garcia, de gasa crema y viso color turquesa; Emilia Fernandez Garcia, color aroma, bata de pétalos de rosa con falda de muselina aroma; Amelia Vaeza Ocampo, fondo verde con encajes; Soledad Serratosa, que por cierto estaba muy bella, lucia un vestido de raso celeste, con bata de muselina de seda, bordada de cristal, con una falda adornada de tul; Julieta Garcia Acevedo, de raso color rosa, bata adornada de muselina color rosa y manga formando rosas; Célia Piñeirúa, de faya y raso lila; Lola Suarez Pérez, con un rico traje adornado de lentejuelas, perlas y brillantes; Lastenita Balparda, otra de las que sobresalieron por su donaire y hermosura, lucia un traje de seda celeste con encajes y guias de rosas punsóes; Lia y Ema Aguirre, de raso blanco cubierta la última con un tul de ilusión con lluvia de jacintos blancos; Maria Machado, de tul amarillo con encajes de lentejuelas y flores; Manuela Machado, de muselina blanca con lentejuelas y lilas blancas; Albana Hamilton, de crespón celeste con adornos de cuentas y cintas; señorita de Cuestas de blanco y rosa; Marujita Gurmendez, de color oro; Luisa Gurmendez de blanco; Maria J. Artagaveitia, de blanco; Maruja Iglesias, de blanco; Clara Hoffman, de celeste con volados de muselina; Angelica Montero, de blanco; Maria C. Capurro, de rosa; Elena Capurro, de amarillo; y Mercedes Capurro, de celeste; Rafaela Arrien, de brocato crema; Elena Calamet, de lila y negro; Julia Calamet de lila; Cármen Seco, de amarillo; Julia Calamet, de lila; Cármen Seco, de amarillo; Albana Seco, de color fresa; Juanita Vazquez, de amarillo; Malvina Vazquez, de amarillo y verde esmeralda; Elisa Vazquez, de color oro; Elvira Vazquez, de blanco; Maria Eugenia Vaz Ferreira, de blanco; Matilde Biraben, de blanco; Amanda B. del Pino, de blanco; Josefina Perez, de blanco; Blanca Perez, de lila; y Cármen Perez, una de las más bellas, de amarillo; Ventura Granvvel, de blanco; Eugenia Lasserre, de celeste; Marieta Pons, de rosa y verde; Anita Risso, de rosa; Margarita Anaya, de celeste y turquesa; Carlota Thevenet, de rosa, y Sofia Rodriguez, de raso blanco.

A las 2 1/2 de la mañana dió comienzo el *cotillon*, dirijido por la encantadora Merceditas Paz, que lucia un hermoso traje de *surah* color rosa con encajes bordados de perlas y cintas de colores, en la cabeza una rosa con un nudo de tul y brillantes.

Una de las figuras que indudablemente llamó más la atención fué la del biombo de papel, el cual separaba á las señoritas de los caballeros y á una palmada, estos rompen el papel bailando con la señorita que le habia tocado *en suerte*.

Se efectuaron otras figuras no menos interesantes como ser: la del espejo, la del almohadon la de los gorritos, las cuales contribuyeron á que el Cotillon fuera original y chic.

Como punto final diré que en el patio ó *hall*, transformado en un espléndido y ámplio salón se veian á derecha é izquierda muchisimos ramos á cual mas hermoso.

Uno de ellos, sin duda el que más llamaba la atención, era una magnifica estrella entrelazada con los colores de la bandera de Chile, en cuyo laso se veia la siguiente tarjetita: Adolfina M. de Alonso Criado.

Después habia otros, como ser un hermoso almohadón con un laso Chileno, de Carolina M. de Ferreyra, y espléndidos ramos de Merceditas Paz, Isolina Illa de Eatsman, Lasténia Balparda, J. M. Vilasa; Anjela F. de Cuestas y muchos otros.

No quiero cerrar estas lineas sin antes felicitar efusivamente al distinguido caballero Maximo R Lira y á sus secretarios señores Larrain y Arteaga, por el éxito de la simpática fiesta y al mismo tiempo dar las gracias juntamente con todos, por el agradable rato que nos hizo pasar en la inolvidable noche del 18 de Setiembre, en que se festejó la independencia de un pueblo tan noble como valiente.

PEDRO JOSÉ SARALEGUI.

De Rubén Dario

***

Tenia una cifra
tu blanco pañuelo,
roja cifra de un nombre que no era
el tuyo, mi dueño.
La fina batista
crujia en tus dedos:
«¡Qué bien luce en la albura la sangre!»
te dije riendo.
Te pusiste pálida,
me tuviste miedo......
¿Qué miraste? ¿Conóces acaso
la risa de Otello?

¡ Adios ! ¡ Adiós !

Allá en la playa quedó la niña.
¡Arriba el ancla! ¡Se va el vapor!
El marinero canta entre dientes.
Se hunde en el agua trémulo el sol.
¡Adiós!, ¡Adiós!
Sola, llorando sobre las olas
mira que vuela la embarción;
aún me hace señas con el pañuelo
desde la piedra donde quedó.
¡Adiós!, ¡Adiós!
Vistió de negro la niña hermosa...
¡Las despepidas tan tristes son!
Llevaba suelta la cabellera
y en las pupilas llanto y amor.
¡Adiós!, !Adiós!

RUBÉN DARIO.

Buenos Aires, Setiembre 23 de 1897.

La libélula y el loto

CUENTO CHINO

Un jóven mandarin de los ritos criminales encontró una tarde de estio, en los jardines de lotos que bordan las orillas del rio de Oro, el palanquin de marfil de la Princesa heredera, cuyo nombre gracioso significa en chino : *Reina de Primavera.*

Quedó embelesado el joven con la belleza ideal de la niña, y en un arranque de insensato amor, tuvo la loca impertinencia de cantarle estos versos improvisados sobre un ritmo antiguo y que yo traduzco del chino asi :

El *Loto* crece en paz en el agua de la sabiduría:
Maravillosa de gracia y de bondad divina,
La *Libélula* pasa, toca, conmueve y acaricia
Al *Loto* que se desmaya y muere de voluptuosidad.

Conmovida por tanta audacia, la Princesa quiso dar las gracias al dulce poeta y con una mano suave y lijera como un pétalo de rosa, arrancó de sus cabellos un botón de nenúfar que arrojó coquetamente al jóven.

Pero el Emperador que cabalgaba cerca de su hija, vió al insensato y resolvió castigarlo.

—Luna que iluminas mi vejez, oh! *Reina de Primavera,*—dijo á su hija—¿por qué tus torneados dedos firman con tanta lijereza sentencias de muerte? Por tu coquetería, ese jóven mandarin entregará mañana su alma al que reina en el eterno hogar de la vida. Kong Phu Tcheu ha dicho en efecto al sábio: «Destruirás al Loto que tiente á la Libélula ».—

A estas palabras palideció la Princesa. Conociendo cuan inexorable era su padre, no se atrevíó á implorarle, pero desde que regresó á palacio, se retiró á sus habitaciones y lloró la suerte del pobre poeta.

—« Gentil pajarillo cuya suave ternura « ha dorado mi alma con un rayo de poesia « delicada;—escribió al mandarin,—gracioso colibri con ojos de carbunclo, tu « canto de amor va á costarte la vida. Mañana los cazadores de mi padre te atravesarán el corazón. »

« Si quieres que el arpa, cuyas cuerdas has « hecho vibrar deliciosamente, conserve « por muy largo tiempo las palpitaciones de « tu voz, escapa al deshonor que te espera, « suicidándote esta noche misma. »

« Pasa á tu cuello el collar de perlas negras que encontrarás en la cajilla de sándalo en que encierro este billete y por « amor á las libélulas, lánzate al estanque « de la sabiduría donde crecen los amantes « lotos. »

« La muerte te parecerá dulce si cerrando « los ojos te persuades de que la viva impresión del collar es la presión apasionada de « mis brazos. »—

Cubrió la noche el palacio con su manto de satin azul, bordado de estrellas. La Princesa duerme con los lábios entreabiertos por una sonrisa que semeja el esbozo de un beso.

Pronto se despierta con malicia y lánguidamente se confia á sus camareras; y al despuntar el dia sube á su palanquin de marfil.

La joven *Reina de Primavera* está alegre; ninguna sombra obscurece su radiante fisonomia. Rie locamente jugueteando con el perrito de Tartária que le ha regalado su tia la Reina de Corea.

En el curso del paseo matinal el palanquin de marfil atraviesa los jardines de lotos que orillean el rio de Oro. La Princesa no se fija en el espanto repentino de sus gentes y pasa, sin traicionar la más lijera emoción, cerca del cuerpo del joven mandarin de los ritos criminales, suspendido por un collar de perlas negras a las ramas de un loto alto.

—Saludad á ese hombre honrado,—dice simplemente la Princesa á los de su séquito.—

Después, agitando lánguidamente su abanico de plumas de color de espuma, arroja á su perrito favorito pastillas de cidra confitada!...

. . . .

Amor!, fosforescencia sutil!
Mujer!, océano impenetrable de amor!

MIKADO.

Montevideo, Setiembre 25 de 1897.

NUESTROS COLABORADORES

Francisco C. Aratta

CONFESIÓN

A Julia Maines

P.—¿Qué color y qué flor prefiere usted?

R.—El color transparente de los cielos
Cuando tiene reflejos de rubi,
Y la flor que retrata mis anhelos
El gracioso y pequeño *myosotis.*

P.—¿Qué perfume?

R.—Hallo más de un aroma delicado,
Pero encuentro más bellos mis delirios
Cuando aspiro el ambiente embalsamado
Por el suave perfume de los lirios.

P.—¿Qué animal le es á usted más simpático?

R.—A la cúmbre del Gólgota volaron,
Para aliviar al Redentor de espinas,
Las aves que á mi mente cautivaron;
Mensageras de amor ¡ las golondrinas !

P.—¿Qué color prefiere usted en los ojos y en los cabellos?

R.—Amo unos ojos grandes y serenos,
De tan claros y vividos destellos
Que contrasta la luz, de que están llenos,
Con la sombra que adoro en los cabellos.

P.—¿Qué destino es más digno de compasión?

R.—El del pobre y cansado peregrino
Que, vagando, en el mundo ha de vivir,
Sin pátria, sin familia, sin destino,
Condenado á la muerte y sin morir.

P.—¿Qué vicio detesta usted más y cuál es la virtud que usted más estima?

R.—Los vicios en las almas pervertidas;
Me causan indecible repugnancia,
Y de tantas virtudes elegidas
La que estimo yo más es la constancia.

P.—¿Cuál es su ocupación favorita?

R.—Dejar correr la pluma cuando llamo
A la tierna y querida inspiración;
Y pensar en el ser que tanto amo,
Para dar un alivio al corazón.

P.—¿Cuàl es el descanso que prefiere?

R.—Olvidar que hay pesares en el mundo,
Que ha nacido el mortal para sufrir,
Olvidar el afán del moribundo......
Para tanto olvidar hay que dormir.

P.—¿Cuál es, según usted, el ideal de la dicha terrestre?

R.—Para mí, toda dicha, se resume
En sembrar muchas flores á mi paso,
Para sentir después todo el perfume
Cuando baje mi vida hacia el ocaso.

P.—¿Qué edad tiene usted?

R.—Tengo la edad de los ensueños de oro;
Aún murmura la brisa en la pradera
Diciéndome, al pasar, que es el tesoro
Más valioso, la bella primavera.

P.—¿Qué nombre habría elegido usted?

R.—Que yo elija otro nombre no lo esperes;
Peza dijo, aunque á muchas les dé célos:
« No hay nombre más hermoso en las mujeres
Que el nombre de la Reina de los Cielos. »

P.—¿Cuál ha sido el momento más bello de su vida?

R.—En el corto trayecto recorrido
Aún no ha hallado, mi amor, la ansiada palma;
Momentos muy felices no he tenido,
Pero encuentro momentos de gran calma.

P.—¿Cuál ha sido el más triste?

R.—Nunca deben extraños indiscretos
Los pesares y llantos indagar,
Pues, á veces, son lóbregos secretos
Que no quiere la mente recordar.

P.—¿Cuál es su principal esperanza?

R.—Que comprenda mi amor; el alma mia
Cifra en él su consuelo y su ventura;
Que no olvide mi amor; triste y sombría
No me deje sumida en la amargura.

P.—¿Qué personage histórico le es á usted más simpático?

R.—La Madre de Jesús; yo la imagino
Toda amor, toda fé, toda humildad,
Diciendo á San Gabriel, ángel divino:
« Hágase en mi según tu voluntad. »

P.—¿Qué personage de novela ó teatro?

R.—La romántica, dulce y triste Ofelia
Que nos hace llorar con el poeta,
Flor sin aroma, lánguida camelia;
Y la infeliz y pálida Julieta.

P.—¿Qué pais preferiria usted habitar?

R.—El país donde el cielo es más azul,
Allí donde la rosa más perfuma,
Y donde el mar cual encrespado tul
Acaricia la playa con su espuma.

P.—¿Qué escritor y qué poeta prefiere usted?

R.—Dickens, que en sus batallas de la vida
La humanidad refleja en su dolor;
Y halla en mi corazón dulce acogida
Victor Hugo el sublime soñador.

P,—¿Qué pintor? ¿qué músico?

R.—El pintor que se inspira en la natura
Con más noble y profunda precisión;
Y en la música busco la dulzura
Que conmueve y agita el corazón.

P.—¿Qué divisa eligiria usted si debiera usar una?

R.—Aunque suele vencerme la pereza
He elegido (tal vez te cause risa),
Una insignia que ostento con firmeza...
Es *Labor omnia vincit* mi divisa.

P.—¿Cuál es, segun usted, la obra maestra de la naturaleza?

R.—¡Oh, la luz! ¿quién sino á la flor colora,
Y da brillo al cristal de la laguna.
Pone tintes rosados en la aurora,
Arco en la nube y rayos en la luna?

P.—¿De qué parage conserva usted más agradables recuerdos?

R.—Recuerdo que en la playa cierto dia,
Cuando el sol rutilante se ocultaba
Huyendo de la noche oscura y fria,
Creí escuchar una voz... ¡pero soñaba!

P.—¿Prefiere usted la cama dura ó blanda?

R.—Es la más preferible de las camas
En un dia de sol abrasador,
Una hamaca colgada entre las ramas
De una magnolia ó de una acacia en flor.

P.—¿Cuál es para usted el ser más querido?

R.—Amo á mis padres con delirio ciego,
Con todo el corazón á mis hermanas;
Aún me queda otro amor... pero les ruego
No me atormenten con preguntas vanas.

P.—¿Escriba usted un pensamiento propio ó ageno que le parezca aceptable.

R.—Les larmes et la prière sont d'essence divine, c'est un Dieu qui nous a donné la faculté de pleurer, et puisque les larmes viennent de lui, la prière retourne à lui.—*Alfred de Musset.*

MARÍA H. SABBIA Y ORIBE.

Montevideo, Setiembre 25 de 1897.

TÊTE--A--TÊTE

Un gabinetito de còlor delicado: figuraos el azul más suave ó el malva ténue desleido.

El piano abierto. En el atril suspirando una romanza, cuyo titulo es un simbolo: *¡Siempre mio!*

En la butaca, ella,—diecinueve años, rubia y tan artistica, que bate palmas por cualquier emoción. Frente, el amante, veinte años—la edad en que algunos hombres son niños y muchos niños son viejos—soñador ébrio de ideales y de quimeras imposibles.

¿Verdad que son adorables los dos amantes?

Él le habla con un susurro que acaricia y besa, con esas frases que un hombre cómodamente sentado murmura cuando aspira de tan cerca el perfume de unos lábios.

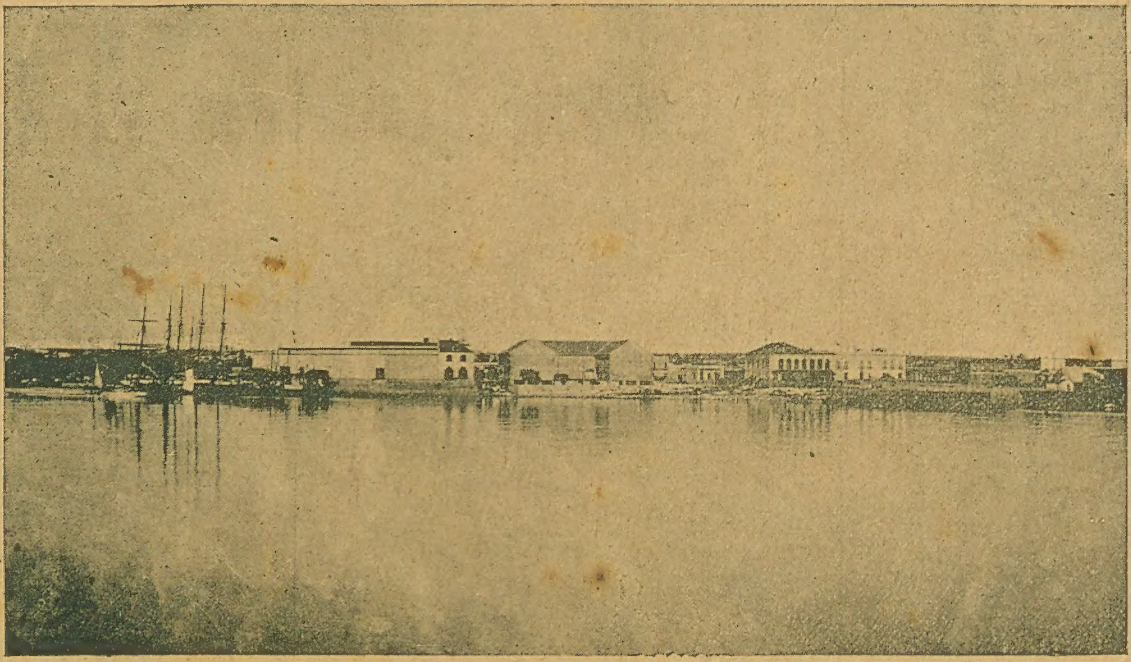
—Si: mi amor á ti es ideal; viviremos como dos estrellas que caminan sin acercarse jamás; nuestros sueños tendrán todas las pasiones de los hombres.

Ella se puso grave, gravisima, y frunciendo los lábios hasta formar un botoncito delicioso en la boca, repuso entre un gemido y una sonrisa:

—Nó, así nó; eso es muy bonito, yo á ti te adoro así; más, por favor, que tenga ese amor un puntito de terrestre.....

FRANCISCO GARCIA.

Montevideo, Setiembre 25 de 1897.



Puerto de la ciudad de Paysandù—(De fotografía)

MEDITACIÓN

¡Dios sólo es grande! El soplo de su lábio
Puede hundir en la nada al Universo.
¡Dios solo es Dios! La noche esta en su mano,
En sus ojos la luz del firmamento.
Cuando pasa la nube amenazante,
Surcando de relámpagos el cielo
¿Vá en ella acaso el ángel de sus iras,
El ángel Izrafil, el justiciero,
En tromba de violentos huracanes,
Tocando el arrebato de los truenos?
Cuando la tierra en ondas trepidantes
Agita su corteza con estruendo,
Y alza ó sumerje los antiguos montes,
Seca los rios y vomita fuego,
¿Es qué un rayo perdido de su enojo
Rayo qué con Satán cayó al Averno,
Pugna por quebrantar su oscura cárcel,
Y volver de la luz al foco inmenso?
¿Qué sabemos nosotros los humanos
De nuestro porvenir, de los misterios
Qué envuelven esta vida miserable,
O esta esfera de arcilla encierra dentro;
Del peligro qué esconden las tinieblas,
Del abismo qué el mar guarda en su seno,
De las fúrias que surgen del espacio,
Cabalgando el ciclon de álas de viento,
De cuanto nos rodea ó nos acecha,
¿Qué sabemos nosotros? ¿Qué sabemos?...
¡Ay! tan sólo lloran sobre las ruinas
De nuestro corazón ó las del suelo,
Claman piedad al Dios á quien en vano
Quisiera adivinar el pensamiento,
Dar llanto el mar, suspiros al espacio,
Y á la tierra insaciable nuestros muertos.
Solo una luz de dulces resplandores—
En medio á tantas sombras un reflejo
Con brillo sideral á veces luce
De nuestro propio corazón surgiendo;
Y esa luz sacrosanta y misteriosa
Que al alma enseña su camino eterno,
Eres tú, *Caridad*, iris hermoso
Que tras la tempestad brotas inmenso,
Reflejando tus vividos colores
De los que sufren en el llanto acerbo,
Y en parábola hermosa de diamantes
Con tu fúlgido lazo unes los pueblos,
Trasfundiendo el amor y la esperanza
A través de los mares y los cielos.

NICOLÁS GRANADA.

Montevideo, Setiembre 25 de 1897.

El Ideal por bandera

Cada individuo es centro de enerjias nutritivas, afectivas é intelectuales. Y por más que el fin de nuestras acciones y pensamientos sea el placer y el mayor aumento de vida posible, no debemos pensar ni creer que el hombre deba ser tan solo un estómago que se asimile fosfatos ó ázoe, ó un corazón que viva en constante adoración fetichista ante el sexo opuesto. El hombre más que máquina asimiladora y reproductora, debe ser fóco luminoso de sensibilidad estética é irradiarlo en su ambiente social, ya cante en ritmos vibrantes el pabellon rojo de la revolución social que cuatro audaces han clavado sobre los fardos burgueses, ya tenga en la punta del pincel una primavera de colores, ya recoja esas voces de giros melódicos que son la espresión más alta del lenguaje musical sublime.

Si todo tiende al aumento de placer y de vida, instituciones, inventos, máquinas, socialismo, hasta el culto de las almas que tiende

á ver prolongada la vida más allá de la tumba, el Arte, es, por excelencia, el gran exitador de la vitalidad humana, produciendo, en cualquiera de sus vastas transformaciones, en el ánimo, una série de sensaciones superiores que impulsan al individuo á hechos levantados.

Pero ¡qué poco propicio al Arte es este ambiente de mercantilismo que nos rodea, que nos compenetra, como una niebla espesa que borrara los contornos de un paisaje y nos cerrara los espacios luminosos; como si la antigua Cartago hubiera reverdecido de las ruinas regadas por el llanto de Mario y de nuevo impusiera sus mercancias con las picas de sus falanjes bárbaras y como si sus innúmeras galeras hubieran espandido por el mundo este positivismo práctico que anima la sociedad actual!

¡Qué pobre Arte contemporáneo es este que tiende á halagar á los guardianes de cajas de hierro, más que á llenar las exijencias de la fantasia, más que á dar curso espansivo á los ritmos de las emociones intelectuales que brotan de la caja sonora del alma!... Los soberbios tipos del clacisismo, el clamor hercúleo de Esquilo, la gracia inenarrable de Fidias, el concepto ideal de los artistas italianos, el anochecer en mitad del dia del Renacimiento de Petrarca, aquellos delirios petrificados de los palacios árabes, la elegante indumentaria de las cortes francesas y venecianas, los apasionados románticos, ¿cómo pueden encajar con los prosaismos del presente, con un Arte servil que copia á la Naturaleza haciéndola más real todavia y con una Estética que solo sintetiza lo observable?... Es que en nuestro delirante afan de análisis, hemos puesto á la Naturaleza entera en la gran retorta de la alquimia de la filosofia positivista y sabemos descomponer en la pasión amorosa, la sensación ganglionar, del éxtasis dulcísimo al contemplar los ojos divinos del sèr amado.

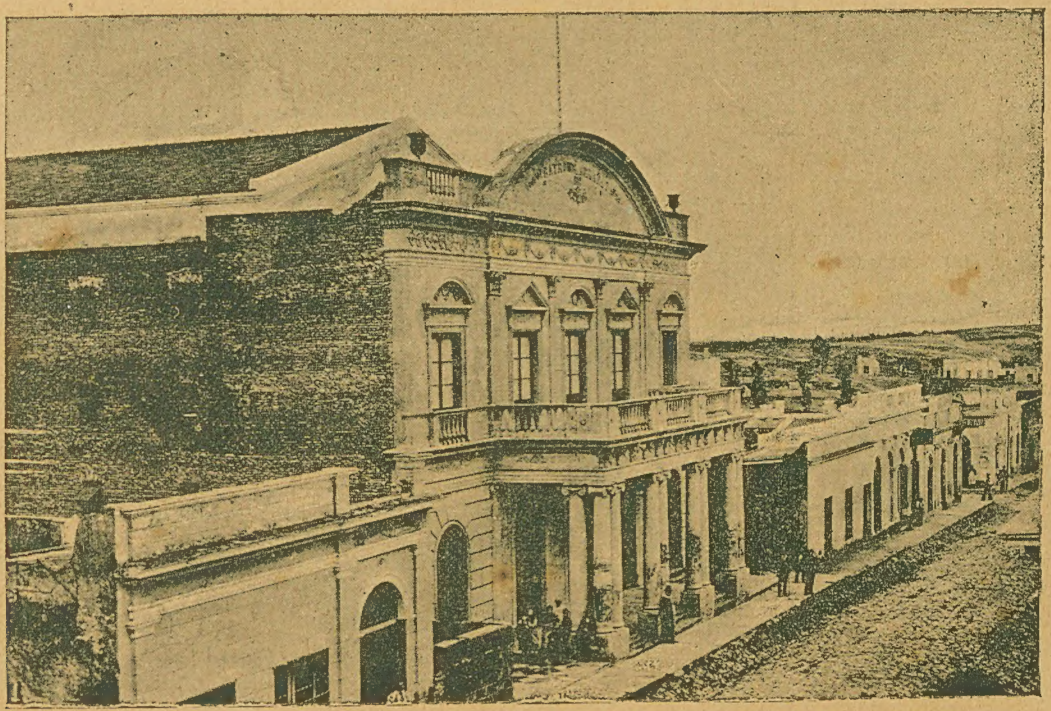
En sus generales manifestaciones, el Arte moderno, golpea el mostrador del banquero y más que el clamor de las multitudes entusiastas y más que producir el placer estético con un carácter eminentemente social, pide el rumor esterlino del oro de la usura que abona el tanto por ciento. «El amor á lo Bello, dice José Injegnieros, está por sucumbir al amor al Oro»... Y el banquero, saturado de aroma de coles hervidas, pide ¿gardenias azules? no! pide que el Señor Naturalismo vaya de bracero con la Señora Estética; que despojada del peplon griego de graciosas lineas ondulantes, y colgadas las vistosas sayas de crujientes fulares á la Pompadour, se ha vestido con los bulevarderos trajes campana y ha volcado sobre su roja cabeza de *demi vierje* la canastilla de las flores de Filis.

Copiar lo natural, hoja por hoja, nervio por nervio, sensación por sensación; aquel artista que imite mejor el rizo espumoso de la ola que se desenvuelve sobre la arena; aquel que llene los espacios de su tela con los abigarrados colores del Poniente; aquel que en párrafos palpitantes, crudos como el hecho que se produce, describa la escena afrodisiáca del gineceo mundano; aquel otro que nos haga saltar los nervios exitados al compás de galopantes melodias callejeras; esos, podrán hacer sonar bien fuerte la moneda de su arte sobre el mostrador del banquero moderno, que le será aceptada como oro de buena liga... No hay mejor piedra de toque para hallar precio y éxito artistico que el naturalismo llevado hasta un grado tal de verdad que aumente, si es posible, la crudeza de lo natural... La fantasia, el númen, la *meus divinior*, el ritmo que brota de los inexplorados cielos de la inspiración, la línea graciosa de las Vénus griegas jamás superadas por la Naturaleza misma, el ideal hermoso de la ninfa de Pompeya; el grito supremo de Hypatia antes de caer ultimada por los anacoretas, el pensamiento aquel de Séneca que lo redimió de su vida cortesana, haciéndole lanzar su anatema clavado para siempre en la frente de todos los Césares; la protesta colosal de Ybsen contra las mayorias *moutonieres* en el sufragio universal; sobre todo, un Arte de estado superior; un Arte portavoz; heraldo; combatiente, piqueta que demuela; rosa que perfume; sol que alumbre nuevos horizontes; sobre todo, un Arte que lleve en sus alas el pólem de la nueva idea altruista y que venga á suplantar la vieja hiedra marchitada en los pórticos de las catedrales desiertas — ah! del osado, ah! loco, ah! del vagneriano, ah! del simbolista, ah! del decadente, ah! del espiritista, que con su lira, con su paleta, con su bloque marmóreo, con sus armoniosas pasionales, con su solo ideal grandioso, quiera detener el movimiento de los danzantes frenéticos en torno del vellocino de Oro, en esa farándola interminable de sensaciones instintivas y bestiales!....

Más; no impera, sobre todo el mundo, digámoslo con el grito de la satisfacción intelectual más alta, el *Homo Cupidus*, esbozado en la raza cananea, inferior, egoista, viviendo para las necesidades orgánicas, haciendo peligrar en la sociedad moderna la concepción ideal del *Super-Hombre*, de la raza nobilisima de aquellos que, (segun un filósofo) *han plantado el estandarte de la Humanidad algunas leguas más allá del Caos.*

No todos han llevado el tripode del artista, ó el microscópio de la Ciencia á la Bolsa: ni, á pesar de aquella nación, boa coloso que envuelve el planeta, que manda con los fardos de algodón la Biblia de sus misioneros colonizadores; ó de aquella otra religión positiva que enjuga las llagas del Crucificado con acciones de la Banca Otomana—hay en la Humanidad un centro de enerjias de fuerzas altruistas que la llevará á coronar su evolución vital ascendente.

El hombre-Artista, como una hermosa planta endógena, con la modalidad elegante de la palmera, se desarrolla del centro á la periferia y espande sus obras con un carácter que llega á las últimas capas sociales. Y en esa manera de crear, de producir se reconoce al hombre superior, al talento, al génio. No acapara riquezas; distribuye las intelectuales, las cientificas, las artisticas, las solas verdaderas. En vez de acumular en almacenes millones de hectólitros de trigo, ó capitales muertos de monedas encerrados en zótanos de piedra, los distribuye por las arterias del planeta, para llevar una ola inmensa de vida á las clases explotadas que degeneran entre la anemia ó el alcoholismo... Y pronuncia la sentencia de muerte de la usura de Shiloch, creando la máquina, esa sublime manifestación altruista de la mecánica; y crea obras de arte, esos inefables placeres estéticos; y en una explosión



Teatro « Larrañaga » en la ciudad del Salto Oriental — (De fotografía)

de vida intensiva y extensiva, protesta de todos los pesimismos; y crea los rayos Roetegu: y peneira en los dominios misteriosos de la telepatia; é interroga las almas de los grandes que pasaron sobre el haz de la tierra, dejando á su paso, como una estela de virtudes, el surco luminoso de sus vidas.

El Arte no es más que una expresión latente de la Religión de la Vida que tan marcada se muestra, en nuestros dias, en todo el mundo intelectual.

El Criente con sus teogonias colossale transfundidas en el Cristianismo, estancó las fuentes de la Vida... Pero, desde que asomó el pabellón rojo del primer audaz libertador, comenzó á efectuarse lo que llama un sabio moderno *el desdoble* de la Humanidad... Y desde que Espartaco clavó el puñal de la rebelión en el seno de la loba romana; y desde que se proclamaron las libertades de los municipios medioevales; desde que las cenizas de Giordano Bruno fueron aventadas á los cuatro vientos para que llevaran hasta los últimos confines el gérmen del libre albedrio; desde que relampagueó sobre las cabezas reales el fulgor acerado de la guillotina terrorista; desde que Comte sobre su método de observación, de experimentación, de inducción, ha dejado entreveer la soberania de sentimiento; desde que Victor Hugo reivindicó la imaginación en lo natural y levantó la ola colosal de su protesta para inundar la explotacion del trabajo, de la religión, de la justicia ya pudo Nietzsche pedir los *super hombres*, que Emerson queria como represantes de la humanidad, en la *aristarquia* preconizada por Renan y Taine—ya pudo marchar la Humanidad por rumbos conocidos hácia la cumbre ideal de su perfección soñada.

Y es, á los artistas, á los cientificos, á la raza de los hombres superiores, no á las mayorias compradas por la bancocracia ó asaltadas por el feudalismo industrial, que la Humanidad debe encomendar la dirección de sus destinos, si no quiere que el absolutimo teológico de XIX siglos, y el positivismo práctico de esta era comercial, la hunda de nuevo en las ergástulas donde se aherroja el libre pensamiento, donde yace la Ciencia y se estanca el Arte, en ese hieratismo tan anti-social y anti estético que todos conocemos...

La Humanidad, América, sobre todo, América, que es el paladio de todas las libertades que combaten por la vida, deben llevar el ideal por bandera; una bandera luminosa conducida por hombres libres... Si no quiere que el apego al Oro, destruya el amor á lo Bello, debe escuchar la palabra de sus hombres portaluz; debe admirar, sentir, gozar ante sus cuadros conceptuosos: debe aplaudir sus dramas trascendentales, debe empapar la célula gris de sus cerebros el con rico fosfato de las ideas de sus grandes pensadores; su música melodiosa que nos abre el espiritu como dos alas potentes para que podamos surcar el espacio de todas las dulces emociones, inundados de sol, de cielo azul, de dicha infinita, real, pero sentida; más inefable y más deliciosa todavia que la proporcionada por el ensueño.

FRANCISCO C. ARATTA.

Montevideo, Setiembre 25 de 1897.

RETOÑOS

Lloró cuando la dije: Adiós mi vida!
Y al travès de las gotas de su llanto,
Sus inquietas pupilas parecian
Dos góndolas azules naufragando.

Ese lunar que tu semblante alegra
Medio oculto en tu lábio abrasador,
Es una abeja negra
Que en el pètalo duerme de una flor.

JULIO FLORES.

REGIONAL

Ha cesado el Invierno. Ya no oculta
la neblina el fulgor de la mañana,
y el terral apacible que acaricia
el cimbreño penacho de las palmas
anuncia que la riente Primavera
retorna presto á la desierta pampa.
Volverán los turpiales, sus canciones
resonarán cual himnos de esperanza,
mientras llora la tímida *soisola*
sus secretos martirios, y las garzas,
níveas y hermosas, mojan su plumaje
de la laguna en las dormidas aguas;
y entónces de la choza del llanero
irán al cielo cantos de alabanza,
cantos de corazones inócentes
que son felices porque créen y aman!
¡Bendita Primavera! Tu venida
en paz y luz, y amor, todo lo cambia:
pueblas de ensueños puros la conciencia
y de divina placidéz las almas,
á la vez que coloras á los cielos
de azul brillante y encendida grana,
y la inmensa extensión de la llanura
la tornas del color de la Esperanza!

ENRIQUE MACHADO Y MONTERO.

Buenos Aires, Setiembre 23 de 1897.

ODIO

Yo lo he sentido. Ha venido muy despacio, y de repente, como una avalancha, ha caido sobre mi frente; entónces, sus alas han rozado mis sienes y en mi espiritu han vibrado extrañas sinfonias, las sinfonias de las tristezas infinitas y de las infinitas ánsias.

Ah! ese vacio negro, tan negro cual abismo; esas nieblas, llenas de gemidos y lamentos; ese cielo sin estrellas; esas brisas calladas, con maldiciones en sus susurros, —me han dicho que la Hada del Misterio vuela en los aires, canta en las ramas del bosque y cubre con sus tules tenebrosos las flores y los astros...

Es que ella ama. ¿Y qué ama? Los espiritus con destellos de ira; los espiritus con tempestades, con dolores, con amarguras. Los besa, los acaricia, los envenena y los mata en su loco frenesi. Oculta el sol. El sol es perfume y es nota. Es vida.

Hada maldita! Yo te ódio con los ódios más acerbos de mi alma. Yo te ódio porque en mi espiritu has velado los rayos de la Aurora. Yo te aborrezco, porque tus lábios han dejado estela de fuego mortal en mis mejillas. Te ódio, porque eres sombra, nube, llanto, melancolia, dolor, dolor eterno!....

MANUEL M. OLIVER.

Setiembre 23 de 1897.

Postrer consejo maternal

Dame un ósculo, querida,
que de tu lado me alejo;
pero antes de mi partida
quiero dejarte un consejo
junto con mi despedida.

Venera con fé profunda
las advertencias que te haga
quien en ti su dicha funda;
son cual la luz moribunda
de una estrella que se apaga.

Por la senda de la vida
hoy das los primeros pasos
serena, gentil y erguida,
sin creer que existan lazos
que ocasionen tu caida.

En tu juventud lozana,
que envidia causa á las flores,
en perspectiva lejana
ves, en un cielo de amores,
horizontes de oro y grana.

Una risueña esperanza
flamea en tu hermosa frente,
que hoy á comprender no alcanza
que es un verde en lontananza
o espejismo en el ambiente.

Para ti todo es brillante:
candor, belleza, ufania;
y en tu seno palpitante
resuena ya un eco amante
con tonos de nostalgia.

Hoy te cercan trovadores
que riman cabe tu reja
con acentos seductores,
y entre suspiros y amores
modulan sentida queja.

Yo también tuve ilusiones
como tú tienes ahora;
también conquisté ovaciones
y oi endechas y canciones
al són de lira canora.

En mi corazón sincero
jamás entró la falsia;
juzgué recto y verdadero
el halago vil y artero
cual lo juzgas tú, hija mia.

Y al comenzar la jórnada
pude ver, por mi ventura,
con el alma lacerada,
que en esta vivienda impura
todo es humo, sueño, nada.

Cortada en dos partes miro
la pobre existencia humana:
la de atrás, sueño ó suspiro;
la de acá, cual ansia vana
ó carrera sin respiro.

Las flores, lazos y antojos
con que hoy tu faz divinizas,
mañana serán despojos.
¡No serán más que cenizas
si no punzantes abrojos!

El mundo te tratará
con irritante desvio,
de tu error se reirá
y en escepticismo impio
tus ensueños trocará.

Miralo con prevención,
esquiva sus veleidades,
ciérrale tu corazón
y no tomes por verdades
cosas que mentiras son.

Mira cual sombra falaz
cuanto el mundo en si contiene,
cifra tus goces y paz
en lo que de Dios proviene
y en hacer bien y no más.

Alienta con fé sincera,
sin la fé no hay nada grande;
el mundo es loca quimera
si no hay allende esta esfera
quien sobre el alma no mande.

Amor á la pátria, amor
al Dios de excelsa bondad,
amor á la caridad,
para luego sin temor
volar á la eternidad.

Que este criterio excelente,
en vez de ajar tu alegría,
te hará plácida y sonriente;
que hay en él mucha poesia
y poesia eminente.

Por eso, de amor henchida,
te hablo, cual ves, sin enojos;
y en esta expresión sentida
hallarás, luz de mis ojos,
rica clave de la vida.

Y así, sufriendo y gozando
en busca de mejor suerte,
siempre luchando y bogando,
llegarás, como soñando,
hasta el umbral de la muerte.

Dame un abrazo, querida,
que de tu lado me alejo;
y en mi forzosa partida
quise dejarte un consejo
junto con mi despedida.

FRANCISCO DE ASIS CONDOMINES.

Montevideo, Setiembre 25 de 1897.

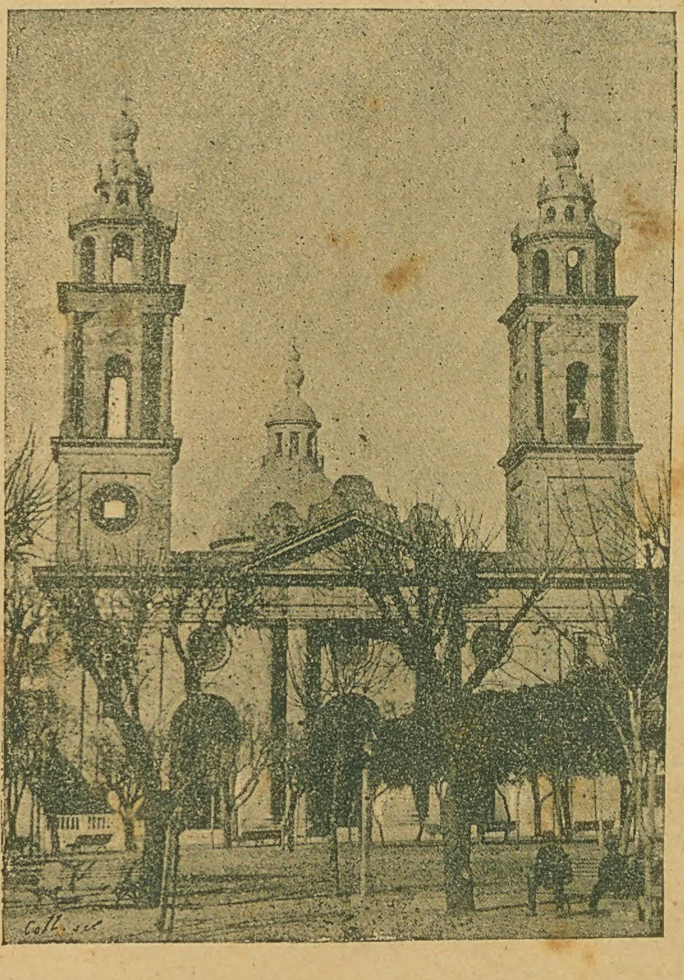
Novelitas de la vida real

¡ COLEGIALES !

Para Antenor B. Pereyra.

¡El primer amor!... ¡Amor de colegiales! Rafael tiene quince años, está en la época de que á todo hombrecito de esa edad, el mundo se le presenta encantador visto con el risueño prisma de las ilusiones y los sueños; quince años y novia, Elena, niña de catorce abriles floridos, capullo en la transición de flor, dulce y melancólica morena, de ojos negros, negrísimos, soñadores y cariñosos y con un cuerpo gallardo, que presagia admirables atractivos de muger; y los dos se quieren, parecen quererse, dado como se miran y sonrien al encontrarse todos los dias en la plaza; él, todo un imberbe jovencito, de talla arrogante, de cara sonrosadita, limpia de pelo; muy ufano con su terno flamante, de pantalón largo, con la imprescindible raya de plancha, su corbata de primoroso nudo, su sombrerito hongo, con su libro de ciencias ó letras en la mano, síntoma de estudiante; ella, muy gentil, con su vestido color salmón que apenas encubre la rodilla y descubre la torneada pierna, y luce la linda botita sobre fina media; con su elegante sombrero negro adornado con flores rojas; y en la manita enguantada el rollo de papeles de música, pasa, pasa ligera y ruborosa ante Rafael, quien, sin pulso, con el pecho oprimido, se queda mirándola, y espera febriciente la coquetil vuelta de la cabecita de su niña, de la delicada rosa mística, fúlgida estrella matutina de su amor de escolar, hasta que su esbelta silueta se pierde allá entre el rojo color de las margaritas, el rosado pálido de las rosas té, la blancura aterciopelada de los jazmines y azucenas y entre el verdor de las hojas de tonos vários de los canteros de la plaza! Para verla pasar, Rafael concurre todas las tardes á la plaza con algunos compañeros de clase; y allí reunidos sentados á la sombra de los árboles devoran las páginas de alguna novelita de amores, cuéntanse recíprocamente las primeras, árduas, difíciles empresas de jovencillos enamorados y alegres, los triunfos y fracasos, prematuros derroches de salud y dinero, y calaveradas precoces que les hacen faltar á las aulas, retrasarse á las horas de las lecciones, y á la de retirarse á sus hogares; y así, saboreando la lectura de libros de autores dudosos, entretenidos con sus charlas animadas de adolescentes estudiantes, fumando como locos, profiriendo gritos é indescribibles interejecciones, en esas pláticas entusiastas se le deslizan fugaces é inadvertidas las horas del tiempo, tiempo de oro á esa edad dichosísima, en que los primeros placeres absorven el dolor, en que el mundo asemējase á un diamante inapreciable cuyas facetas son todas de amores, dichas y alegrías!

Y Rafael se impacienta, se desespera de esperar que llegue el domingo ó fiesta de guardar para correr al atrio de la iglesia al escucharse los primeros sones de las campanas repicando á misa mayor, y allí, reunido con los demás compañeritos, ver llegar á la gentilísima Elvirita, y luego, á la hora de celebrarse el sagrado oficio entrar al templo, y desde una columna, de las naves, deleitarse contemplando al travéz de la humareda de incienso el gallardo perfil de la niña, que, arrodillada, desvía á ratos los hermosísimos ojos del libro santo para envolver á Rafael en una rápida mirada que él responde con otra con el alma conmovida por aquella muestra cariñosa. Después regocijado con el canto harmónico del coro, las repercusiones melodiosas del órgano, en el momento solemne de alzarse el pan eucarístico, alelado por el silencio sagrado, casi siempre interrumpido por los irreverentes toses y salivazos de algunos fieles incultos, sugestionado por aquel misterio sacratísimo del altar, siente en su ser reminiscencias de místicas creencias, y dobla maquinalmente la rodilla, confuso, cohibido, dirigiendo una mirada circular como si cometiera una gravísima falta ante la sociedad profana. Vuelve á resonar melódica la música religiosa, suena alegremente la campanilla con su timbre argentino, el sacerdote pronuncia el sacramental *ite missa est*, verifica rapidísimos movimientos de manos que significan bendiciones, siguen algunos murmullos latinezcos, carga en seguida con el menaje del ofertorio, y, previas repetidas genuflexiones ante el trono divino se marcha camino de la sacristía con el par de acólitos que le sigue, inciensario y misal en mano; la devota concurrencia reza de prisa las últimas oraciones, entre los rumores de sillas que se arrastran y los pasos de los primeros en salir, ejecuta en un santiamen los postreros saludos y cumplidos religiosos á las imágenes de su devoción y váse puerta afuera del templo; Rafael, entretanto, tambien sale y busca con ansiosos ojos á Elena, que va entre sus amiguitas, riendo y cuchicheando todas, girando para todos lados, mirando atrás, inquietas y juguetonas como una bandada de golondrinas; y la sigue cortísima distancia devorándola con su visual, deseando besarla, abrazarla, aspirarla como una flor, mientras ella marcha, marcha alegre y gentil siempre, volviendo su hermosa cabecita para pagarle con su mirar acariante y su sonreir graciosísimo, el culto amoroso y constante que él le rinde, acompañándola con su mirada, con el alma y con todo el sér!... Y á esa hora, toda la multitud femenil distinguida que sale de la iglesia; el conjunto de sus trages elegantes y multicolores; aquí y allá la mancha blanca de los tules y gazas de las niñitas de la primera comunión todo, todo el movimiento y vida de la calle presentan un aspecto delicioso, lleno de encanto, en el que brillan todos los colores y la alegría de una tela de Watteau!



Iglesia Parroquial de la Ciudad de San José—(De fotografía)

Sus amores de niños tambien tienen su parte desdichada, como la tienen todos los amores del mundo, los del adulto, los primeros y los últimos, y, aun los de todos las órdenes y clases, con las contradicciones de padres extremadamente rígidos, rencores ó desavenencias de familia ó amistad, preocupación de posición social ó vanidades del género humano y tantos accidentes del amor, que nada valen para el corazón, sobre todo cuando tal sentimiento es sincero, verdadero, puro, y ataca las almas de dos adolescentes que se quieren ingenuamente porque sí, sin saberlo, sin poderlo remediar... ¡Pobres niños! El primer tropiezo de su primitivo amor, si es lógico llamarlo así, es la oposición paterna, tenaz, absoluta, furiosa, con severísimas imposiciones á la niña, clausuras de muchos dias, vallas tristísimas é insuperables por desdicha suya, para ver á Rafael, y que ella, solo podría salvar á costa de otras penas mayores que entristecerían más sus amores... Y toda esa guerra paternal desespera á Rafael, y la considera hasta ofensiva para sus fueros de dueño del cariño de Elena, sabiendo que tiene por motivo único la edad pueril de los novios; y en sus iras y anhelos de amante contrariado por la ocultación de su tesoro de amor, cuando eso acontece, que es con gran frecuencia, pásase hasta, las que para él son altas horas de la noche y expuesto al peligro de la reprimenda de sus padres, frente á los cerrados balcones de la casa en que vive la niña de su amor, echando hácia las persianas su chispeante visual con rabioso afan, con locos bríos, como queriendo traspasarlos y ver realizadas tal como se las forja en su delirante imaginación las desgarradoras, patéticas escenas entre padres é hija por causa de di-

chos amores, figurándose ya, ver á Elena convertida en lágrima, suelto el cabello, mártir, implorar gracia de sus tiberianos padres, que inflexibles, inconmovibles al llanto, á las súplicas y al trágico dolor de la hija, sométenla al cruento tormento de su inquisición paternal y prolongan mayor tiempo y hacen más continuas las reclusiones... Después, fatigado Rafael con tantos paseos por la vereda y los plantones de esquina, se marcha á su casa royéndose los puños con rabia, llorando casi, y se tira en el lecho, desesperado como el suicida de amor que se tira al rio; y sueña con su amada Elena, fabrica, en sus intensos y largos insomnios, mágnificos planes, dorados castillos de ventura y felicidad sin igual, proyecta estudiar con fé de creyente, con pasión de idólatra, con ardor y entusiasmo indescribibles, para seguir una carrera: la de médico, abogado, ingeniero, ¡quién sabe! para realizar así aquellos locos anhelos de su corazón, de su corazón tiernamente enamorado, con la vehemencia, con el calor de sus quince años, su primera juventud; realizar, en fin aquellos sueños de oro, su más grande aspiración en la vida, ¡casarse con Elena!...

Al presente son sus mútuas aspiraciones, sencillas é inocentonas, propias de su floreciente juventud; verse todas las tardes, mirarse fijamente con tiernisimo arrobamiento, con celeste éxtasis, con sublime deliquio; sonreirse con amorosa alegria, con dulcisimo placer, los dos á una vez; cambiar, cambios de signos inocentes y juguetones, hechos en el aire con presteza y reserva, para ser inadvertidos, sin pensar que todo el mundo vé aquellos sus infantiles idilios, prolongados muchas veces hasta el toque de oración, que tienen por medio, tardes espléndidas de primavera, ambiente saturado como de perfumes de flores y espesado de encantos y placeres, y cielo de un azul purisimo en el que bórranse paulatinamente las huellas del dia y brota la luz titilante de alguna que otra estrella!... Después de sus tiernos coloquios, de sus rápidos y simultáneos jugueteos de ojos y de lábios y con los dedos, los precoces amantes, nerviosos é impresionados fuertemente, sueñan despiertos y dormidos, con las manifestaciones hechas en aquellas mudas pláticas, para ellos elocuentisimas, fieles expresiones de besos, abrazos, anhelos de sus candorosos corazoncillos?... Solo en la iglesia, en las misas y novenas, las infortunadas criaturas, se compensan ¡dulcisima recompensa! de la tirania paterna, mirándose continuamente, con el alma, con la vida, significando en sus ojos toda la ternura, el sufrimiento prematuro de sus jóvenes corazones con tantos dias de ausencia abrumadora, hasta que concluye la novena ó misa y vuelven las angustias, y la delincuente de amor presa, retenida por la autoridad paterna en los momentos preciosos de verse, no sale al balcón un instante siquiera, para consuelo del afligido galán imberbe, que se desespera, é imagina, lo que no es dable imaginar, para libertarse de la bochornosa dominación de sus dobles fueros de adolescentes ansiosos de la libertad de su amor! Pero hay que capitular y resignados ante la inexpugnable fortaleza paterna esperan á que luzca mejores dias, viven entretanto con su dulce y recíproco recuerdo, las mútuas ilusiones y esperanzas de su edad, dichosa al fin, aunque ensombrecido á ratos el sol de esa felicidad por las nubes negras de las contradicciones... Por fin un panorama auroral, lleno de encantos y harmonias, luces y alegrias, surge esplendoroso en los primaverales amores de los infantiles amantes!... Es la perspectiva de un baile, el sueño dorado de Rafael, que enloquecido de contento, de impaciencia, salta, chilla, baila; charla de aquel baile hasta por los codos con sus compañeros, un baile de máscaras para mayor soltura y confianza, el que le permitirá estar casi toda una noche al lado de Elena, hablar con ella, tocar su mano, oprimir su talle, aspirar su aliento, decirle palabras de amor! ¡Oh! dicha felicidad, ventura grandisima! Y efectivamente esa noche baila con Elena, se estrechan voluptuosamente sus manos, respiran sus alientos, hablan los dos, hablan sin perder un segundo durante todo el tiempo que están juntos; y, al retirarse á su casa, esa noche, y al dia siguiente y subsiguientes, Rafael rabia, rabia como un lebrel, se tira del pelo, se muerde los puños, patalea, grita como un energúmeno, al pensar que no pierde de bailar una pieza con Elena, que pasan la noche entera de temporada fija, que rien juntos, critican á duo, se burlan de todos, ambos á una; que ella le habla de su *dominó* rosa; él de su traje de *pierrot* y de su ridicula faz enharinada, que es la hilaridad continua de su linda compañerita de danza; bromean con las locuaces mascaritas y mascarones; charlotean de los bailes del Club, del corso, de la batalla de flores, de las serpentinas, del calor que hace, del tiempo, de todo, de todo lo vulgar y nimio que puede ocurrirsele á dos zotes, sin venirsele á las mientes de Rafael decirle à Elena, una sola palabra, de su primer amor, ¡de sus amores de colegiales!

PEDRO C. MIRANDA.

Montevideo, Setiembre 25 de 1897

A una niña muy joven

Niña querida, de la tez morena,
la de los grandes ojos adorados,
escucha mis suspiros prolongados,
escucha mis lamentos y mi pena.
¿Qué decir del amor que me inspiraste,
de este cariño insólito y profundo
que llenara los ámbitos del mundo
con resonancias de viril contraste?
¿Qué decir de esta loca simpatia
que me arrastra hasta ti desesperado,
teniéndome por siempre atormentado
y hundiendo en el pesar al alma mia?
¿Esperar que me quieras? ¡Qué ocurrencia!
¿No encontrará la niña delicada
algún joven también de tez rosada
que juntara á la suya su inocencia?
¿Cómo esperar que el timido capullo
se junte á añoso tronco secular,
y pueda sus fealdades adornar
con su sencillo y cándido murmullo?
No puede ser. La alondra temerosa
buscara su pareja entre los suyos
y asi le embeberá con sus arrullos
trayéndole perfumes de las rosas.
Los años ya me arrojan de tu lado.
Soy viejo para ti. Resignación.
¡Qué tarde de latir se han acordado
Las locas fibras de mi corazón!

VICENTE MAGALLANES.

Montevideo, Setiembre 25 de 1897.

RECUERDOS TRISTES

(PROSA POÉTICA)

Para mi hermano Manuel

En una tarde espléndida y serena, la hermosa rubia de los azules ojos, se apoyó en el alféizar de su ventana. — ¿Recuerdas nuestro amor? — me dijo con melancólica sonrisa. Yo por el cielo le juré que si... Y con alma enternecida y triste, me preguntó: ¿Por qué dudaste de mi?

—

Amor con flores ligaron nuestros brazos, los mios le ofreci lleno de alegria, pero secáronse las flores; vi los lazos y vi que eran cadenas.

Con dulce copa, al parecer sagrada, brindó á mi alma su ilusión primera. Bebi, quemóse con ardor mi seno, tomé otras gotas que ofreció á mis lábios y vi... que era veneno.

De veneno estaba lleno su siniestro corazón.

—

¿Qué se han hecho las tiernas caricias de esa madre que tanto adoramos?

Ya lo puro, lo grande y lo bello hace tiempo que murió para mi.

Del mundo las farsas sonrisas, de la vida los tristes destellos: esos sí que son para mi.

—

¿Qué se han hecho esas horas tan bellas, tan regaladas de amor y de delicias?

La huella de tristes recuerdos; de lo falso, lo innoble, lo infame; de una *maga* los males sin cuento; esos si que me restan á mi.

S. A. GONZALEZ.

Buenos Aires, Septiembre de 1897.

Instantánea

Des qué
La vi
No sé
Por qué
La amé
Y andando el tiempo lento,
Maldije aquel momento
En que ¡ay
De mi!
No sé
Por què
La amé

EDO BACIA.

Montevideo, Setiembre 25 de 1897.

RÁFAGAS

Así como la gotá de rocio
Presta vida á la flor,
Asi un beso del angel de mis sueños
Presta vida á mi amor.

*
* *

Si permitieras que en amante exceso
Mis lábios te besaran,
Las penas que acibaran mi existencia
En dichas se trocaran!..

CAYETANO R. MENDOZA.

Montevideo, Setiembre 25 de 1897.

CHEZ MARTINEZ

Se nos pide la publicación de la siguiente crónica:

En casa del caballero don José M. Martinez se celebró la semana pasada una fiesta intima con motivo del cumpleaños, de su simpática hija Zoraida. Por la noche, añadiendo á tal acontecimiento que se celebraba, el de la paz que tambien se festejaba en todo Montevideo y de la cual es entusiasta partidario el señor Martinez, alguno de los concurrentes inició la idea de dar algunas «vueltas» y el atento dueño de casa, que nunca dice que nó, tratandose de complacer á los amigos, accedió gustoso al pedido, improvisándose una tertulia que resultó animadisima terminando á la una de la mañana en medio del mayor entusiasmo, obligando á todos la exquisita amabilidad y obsequiosa solicitud con que el Sr. Martinez y su distinguida esposa hicieron los honores de la casa. Entre las muchas señoritas que concurrieron, recordamos á las de Beracochea, Piccardo, González, Freire, Gambarotta y otras que lamentamos no recordar.

Agradecemos al señor Martinez y su distinguida familia las atenciones de que fuimos objeto y hacemos votos para que no transcurra mucho tiempo sin que los salones del señor Martinez vuelvan á ser abiertos para rendir culto á Terpsicore.

UN CONCURRENTE.

Establecimiento gráfico á vapor. Convencion 82.